

# Antología Literaria

## 6to grado

- Colegio San Esteban
- Docentes: Palacio, Nadia  
Zapata, Melisa

**Estudiante:**.....

1er trimestre, 2025



# Índice

Mitos y leyendas.....	2
Texto expositivo.....	10
Artículo de divulgación.....	12
Cuentos clásicos, fantásticos, maravillosos y realistas.....	15
Poesía y canción.....	26
Cuento Policial.....	34
Reseña literaria.....	40

# Mitos y leyendas

## Por qué la ballena vive en el mar

Según los Tehuelches, hace mucho tiempo la Ballena (Góos, como se dice en su idioma) era un anima que vivía en la tierra y no en el mar.

Góos era la bestia más grande que había en la Patagonia. Andaba en el campo, de un lado para el otro, con su corpachón enorme y boca como una cueva. Y era un peligro. Pero era un peligro no porque fuera mala, sino porque era demasiado grande. La cosa es así: uno, por ejemplo, es un peligro para las hormigas. Aunque no quisiera hacer nada, va por ahí caminando, mirando para cualquier lado, y de repente ¡zácate!, sin querer, le mete un pisotón a una hormiga y la deja chatita chatita. O va distraído y patea un hormiguero, y las pobres hormigas se tiene que poner a hacer la casa de nuevo. Con Góos pasaba algo más o menos como eso. Pero no era que pisara a nadie, porque parece que tenía unas patas cortas y que caminaba despacio, más despacio que una tortuga. El problema era con su boca.

Porque Góos a veces tenía sueño o se aburría, como cualquiera. Y por eso abría la boca, bostezaba "¡Ajuuuuuum!" y entonces se formaba una corriente de aire tan fuerte que aspiraba todo lo que tenía cerca y un montón de cosas que no tenía cerca.

Podía pasar, por ejemplo, que bostezaba y se tragaba un árbol, y nadie se daba cuenta. Otras veces, con su bostezo desaparecían tres o cuatro caballos y después la gente no los encontraba y tenía que andar a pie.

Pero lo peor era cuando Góos se acercaba a algún campamento de tehuelches. Como era muy curiosa, se ponía a mirar qué hacían, pero al rato se empezaba a aburrir. Abría la boca, bostezaba "¡Ajuuuuuum!" e iban a parar a su buche toldos, ropa, comida, perros, hombres, mujeres y chicos. Cerraba la boca y se sorprendía. Pensaba: "¿Dónde se habrán ido? ¡Hace un momento había tanta gente y ahora no hay nadie!".

Las otras personas tampoco sabían qué pasaba, y cada vez se extrañaban más. Un día, alguien no encontró sus caballos; otro día, uno fue a visitar a unos parientes y nadie sabía dónde estaban. Como el asunto se repetía fueron a buscarlo a Elal.

- ¿Qué pasa, Elal? –le dijeron-. ¿Hay ladrones o qué?: ¡Faltan animales, faltan toldos, falta gente a cada rato!

-Voy a averiguar-les contestó

Elal caminaba, mirando todo, y pensaba:

-¿Qué puede ser?

Hasta que vio a Góos, que iba zangoloteándose sobre sus patitas cortas. La siguió y vio que se tiraba al sol, como para dormir. Cuando se amodorró, abrió la boca, bostezó y ¡glup! se tragó a un pobre zorrino que andaba por ahí.

- ¡Ajá!-dijo Elal-. ¡Éste debe de ser el misterio!

Se acercó a Góos y le dijo:

- ¡A ver, quiero que abras bien la boca para mirar adentro!

Pero Góos se encaprichó, dijo que no con la cabeza y apretó los labios.

- ¡Uf!-dijo Elal, y se fue.

Pero en seguida, con su magia, se convirtió en tábano y volvió volando. Empezó a revolotear alrededor de la ballena, zumbando y fastidiándola, hasta que por fin ella dijo:

- ¡A este cargoso me lo como!

Abrió la boca y se lo comió.

Adentro, Elal en forma de tábano no vio nada, pero oía ruidos y voces, murmullos, toses, algún gruñido y hasta algún piar de pájaros a lo lejos. De repente, Góos bostezó de nuevo y entro luz por un momento. Entonces Elal pudo ver que había bastante gente, con cara de aburrida (¡qué iban a hacer en la panza de la Ballena!), animales y tanta cosa que habían ido entrando con el ventarrón de los bostezos. La boca de cerró y volvió la negrura.

El tábano-Elal dejó de volar, se posó dentro de la barriga de Góos y con el aguijón le pegó un buen picotazo. Góos dio un respingo. Elal le metió otro picotazo y otro y otro hasta que la Ballena empezó a toser. Con cada tos largaba cosas para afuera: unas diez familias enteras con abuelos y todo, dos docenas de caballos varios toldos (bastante estropeados), una parva de ropa, otra de arbustos y piedras, cinco árboles, una tropilla de guanacos, una bandada de flamencos (recuerdo del paseo por un lago), muchísimas maras y un zorrino. Por último, salió el tábano, que se convirtió de nuevo en Elal.

-¡Pero qué desastre hacen tus bostezos!-le gritó.

A Góos le dio mucha vergüenza y, si no hubiera sido tan negra, se habría notado que se ponía colorada.

\_¿Qué vamos a hacer? –dijo Elal-.Lo mejor es que te vayas a vivir al mar.

Góos se fue, medio tristonera, y se metió en el agua. Pero en seguida le gustó: ahí se sentía livianita, aunque era tan grande; era ágil y podía hacer cosas que en la tierra nunca le habían salido bien, como ir rápido de un lado para el otro ¡y saltar! Ahora podía pegar unos hermosos saltos. Las patitas se le fueron convirtiendo en alertas y cada vez nadó mejor. El cuerpo se le hizo parecido al de un pez enorme.

Y así fue como dejó de ser un peligro para la gente.



Fuente: capítulo del libro *Lo que cuentan Los TEHUELCHES*, Miguel Ángel Palermo.

## Lobisón

Ña Casiana tenía seis hijos varones y el séptimo, encargado.

-Tenés que ser mujer- ordenaba Ña Casiana acariciándose la panza. Miraba alto y musitaba a las estrellas- : Dios mío... que sea mujer.

El día en que la comadrona entró al rancho para asistir en el campo, el hombre rezaba con los otros hijos. La comadrona misma murmuraba entre dientes:

-Padrecito que estas en los cielos, hacé que sea mujer.

Y cuando se oyó el llanto de la criatura, los que esperaban en la cocina se persignaron. Casi enseguida sonó el grito de la madre. Y una mariposa negra huyó por la ventana.

Esa misma tarde salió el padre de aquel rancho maldecido con otro hijo varón. El séptimo. Llevaba en brazos al recién nacido. Iba a la iglesia de Pago Alegre, el pueblo más cercano, a que se lo bautizaran. Le pusieron el nombre de Benito. Era el que había que ponerle para quebrar el maleficio. También había que bautizarlo en seis iglesias más, de seis pueblos distintos: siete en total. Eso lo sabía de sobra el padre, pero el gurí era apenas nacido y la maldición recién se cumpliría cuando llegara a mozo.

-Hay tiempo – dijo el padre-. Hay tiempo todavía.

Y le entrego el hijo a la madre. El Benito enseguida se prendió a la teta como lo hubiera hecho un guricito cualquiera. Las distancias son largas en corrientes. Los pueblos quedan apartados. Y había seis hermanos más para atender. Y había también pobreza y un solo caballo. Pero los padres no olvidaban la gravedad del caso. Tampoco era muy fácil de olvidar, viendo que el Benito crecía flacucho, enfermizo y con más de una costumbre rara. Como esa de no querer probar la carne. Como esa de pasársela escarbando en el potrero y volver con las uñas renegridas. Uñas largas y duras que Ña Casiana cortaba por las noches y a la mañana estaban largas otra vez. Y curvas.

Recién para su quinto cumpleaños lo llevaron a un segundo bautismo en la iglesia Pago Arias. A los ocho, lo bautizaron en Loma Alta, la tercera iglesia. A los once, en Pago de los Deseos, la cuarta. A los trece, en la iglesia de Saladas, la quinta. Saladas era casi una ciudad por aquel tiempo. Y en la casi ciudad hicieron noche. Al otro día, el padre lo llevó a la sexta iglesia en Colonia Cabral. Solo faltaba una y todavía había tiempo, aunque ya no tanto. El padre aún era joven, aunque menos, y el caballo era el mismo. Cuando el Benito estaba al cumplir los quince, ya no escarbaba potreros ni rechazaba la carne ni le crecían las uñas de aquella rara manera. Seguramente los bautismos estaban alejando la profecía. Fue entonces cuando intentaron ir hacia el norte, hasta Mburucuyá. Querían que el último bautismo fuera en una iglesia grande, con una bendición importante. Desde aquel mal nacimiento, el padre guardaba en el pecho un largo sapucay para gritarlo en el día en que se quebrara la maldición.

Esta vez los acompañó el Florián, el hermano mayor. Había cumplido veintidós y montaba un tordillo que les prestaron. Y allá iban los tres, camino a Mburucuyá. El padre, en el zaino; los hijos, en el tordillo. Cruzaron montes de talas espinosos, vadearon lagunas de juncos tupidos, rodearon plantaciones de tabaco. Y siguieron andando. Cada tanto veían algún carpincho que se metía en su madriguera. Iban atentos porque estas cuevas son peligrosas si el caballo llega a hundir la pata ahí.

Sin embargo, resultó que, bordearon los esteros de San Lucía, el zaino viejo del padre metió la pata nomás en una vizcachera. Y cayó de rodillas el caballo, con una quebradura. El padre también tuvo una mala caída. Y ahí nomás quedó, de cara al cielo, con los ojos abiertos y el espinazo roto. Y se llevó a la muerte el sapucay.

El Benito y el Florián fueron barridos por semejante desgracia. Deshechos. Y tuvieron que sepultarlo ahí mismo. El Florián miraba alrededor buscando con qué abrir la sepultura, cuando ve que el Benito empieza a usar la uñas. Las que desde tanto tiempo atrás no usaba. Y se quedó mirándolo con el alma encogida. Cuando Benito acabó el pozo, entre los dos bajaron el cadáver y, otra vez con las uñas, el Benito lo cubrió.

Todavía le faltaba despenar de un tiro al caballo, que tampoco tenía salvación. Pero esa noche le faltó coraje. Ya habían llorado hasta quedarse secos. Y se durmieron, uno junto al otro y al sereno, en el vaho húmedo de los esteros. Con el sueño pesado del que ha llorado mucho. Bajo la luna redonda como un plato. Y era viernes.

Apenitas estaba amaneciendo. El Florián creyó ser el primero en despertarse. Alargó el brazo para tocar al Benito, pero solo tocó la manta sobre la que había dormido. Se incorporó de un salto y lo buscó a la luz que apenas se insinuaba, pero no lo divisó. Entonces fue hasta donde había quedado el Zaino. El animal no se movía. Tendido de costado, sobre la pata rota. Florián se fue agachando, le acarició la cabeza a la luz imprecisa del amanecer y, en la misma caricia, bajo la mano hasta el cuello. Sus dedos se sobresaltaron al tocar algo pringosos y tibio todavía. Se puso en cuclillas y, sin ver bien, tanteó mejor. Tocó una herida honda. Tocó otra. Tocó la yugular que no latía. Alguna fiera nocturna le había clavado los colmillos.

En eso oye unos pasos arrastrados. Levanta la vista y lo ve al Benito. Parado ahí. Greñudo, ausente.

-¿De a ondes venís? –Le dijo y le señaló el caballo. El Benito se tapó la cara con sus dedos de uñas largas, curvas, sucias. Al instante, corría monte adentro. Cuando Florián reaccionó y fue tras él, tardo muy poco en perderle el rastro.

El Florián volvió, montó el tordillo y anduvo en busca del Benito por varios días, pero no lo encontró. Una sospecha horrible le comía los sesos. Finalmente, volvió al rancho con las tres noticias: la muerte del padre, la muerte del zaino y la huida del Benito tras aquel viernes de luna llena. Noticia tras noticia, la madre y los hermanos iban cayendo como árboles bajo el hacha. Con apenas un hilo de voz, ña Casina pudo decir:

-¿Alcanzaron al séptimo bautismo?

-No –respondió el Florián.

Y salió a buscar botellas. Las trajo. También tría una maza. Puso las botellas sobre una bolsa de arpillera. Las fue rompiendo a mazazos. Los vidrios, al quebrarse, sonaban a desesperación. Los otros hermanos trajeron carbones y maderas y hojas secas para encender un fuego y atizarlo, llegado el caso. Acaso fueran a necesitar brazas, muchas. No sabían si el Benito seguiría siendo el Benito. Bajo qué aspecto volvería a la casa, si es que volvía. Temían que no tuvieran forma humana.

Ahora había que esperar, como mínimo, hasta un martes. Hasta el próximo martes de luna llena. Pero no fue tan largo el esperar. El domingo a la tardecita, el Benito apareció. Lo traían en ancas unos paisanos. Venía más flaco, consumido, enfermo. Ña Casina lo abrazó llorando y le sirvió un palto del guiso del mediodía. Pero el Benito se negó a probarlo. Otra vez rechazaba la carne, como cuando era chico. Y ña Casina ahogó un quejido. El Benito no habló, no contó nada y el otro día volvió a escarbar en los potreros durante horas. Solo.

A la velocidad con que corren las voces en los pueblos, por todo Pago Alegre se comentaba el caso. El Benito se volvió sospechoso de haberse convertido en lobisón. Quien más quien menos se las arregló para tener un crucifijo a mano. Botellas rotas. Tizones encendidos. Sabían que, cuando un lobisón vuelve a su forma humana, no quiere que sepa su secreto. Por eso huye de los vidrios y de las quemaduras que le podrían dejar marcas. Así que los vecinos estaban preparados. Quien más quien menos oía por las noches mugir a las vacas. Eso que solo pasa cuando un lobisón las ronda para beberles la leche. Quien más quien menos encontraba cada tanto en el patio limpio de suciedades de gallinas. Eso que solo pasa cuando un lobisón anda en la noche lamiendo lo que solo lo que un lobisón considera un alimento exquisito.

Una noche muy negra, se metió al rancho de Don Nicosia un perro más grande que la noche misma. Era casi tan alto como un potrillo. Don Nicosia, que estaba prevenido, le salió al cruce al grito de:

*-¡Yaguá-hú!*

Pero el perro olisqueó un hueso y se volvió, mansito, por donde había venido. Con eso, Don Nicosia supo que no era lobisón, que era perro negro nomás. Y no le disparó la bala de plata que tenía en el cargador de su escopeta. Cuando contó en incidente en el boliche, todo el pueblo estuvo al tanto de que don Nicosia tenía una de esas balas. Las únicas capaces de atravesar la piel de un lobisón y darle la muerte.

Cerca de veinte días habían pasado desde el regreso del Benito al rancho. Un miércoles, la luna se volvió a llenar. Los seis hermanos la miraron con recelo, y Ña Casiana también. Miércoles no es martes ni tampoco viernes. Pero la luna iba a seguir llena durante ocho días. Y eso era de temer. La familia se turnó para vigilar el sueño del Benito, pero la distracción de un minuto alcanzó. El séptimo varón se echó al monte, no sin antes revolcarse en las cenizas de una hoguera apagada en el potrero días atrás.

Ya en el monte, llegó a un claro, se dejó caer de rodillas y levantó la frente. La luna le volcó una luz azulada de tan blanca. Y él comenzó a agitarse con espasmos. El cabello le crecía en crenchas duras. Las cejas se alargaban más allá de la frente. Las manos y los brazos se le iban cubriendo de pelambres espesa. Los dedos se les arquearon en garras. Las piernas fueron cambiando hasta llegar a patas. Su piel se ponía tirante a medida que, bajo los músculos, los huesos se alargaban o se contraían. Las mandíbulas se les estiraron hacia adelante hasta acabar en hocico. Y le creció una cola poderosa. Y una lengua que chorreaba saliva le colgó entre las fauces. Se alargaron los dientes en colmillos de fiera y un aullido terrible le vibró en la garganta. Así, se puso en marcha de regreso al rancho. Buscaba ayuda tal vez... O tal vez no. El caso fue que los hermanos andaban por afuera. Y cuando vieron a la bestia, temieron que no fuera un simple perro enorme y negro. Solo la madre tuvo presencia de ánimo:

*-iyaguá-hú!* - lo increpó para salir de dudas.

Y a la bestia se le erizaron los pelos. Mostró los dientes gruñendo con ferocidad. No era un perro negro, no. Era el lobisón.



Uno de los hermanos fue por el crucifijo; otro, por las botellas; un tercero, por las brasas. A la vista de la cruz, el lobisón retrocedió. Esto animó a los otros, que le empezaron a arrojar botellas rotas. El lobisón retrocedió aún más. Entonces el Floirán, con un nudo en la garganta, le arrojó una palada de tizones encendidos. El lobisón escapó de nuevo al monte. Pero esta vez la madre fue tras él. Lo vio meterse en un naranjal y ella también entró. Él había aminorado la carrera y ahora caminaba. Hasta que el ruido de una pisada le detuvo el paso. Se dio la vuelta y la vio. Otra vez se le irguieron los pelos del lomo. Un gruñido ronco le lijó la garganta y se preparó para saltarle encima. Pero ella lo miró a los ojos con una pena infinita y solo dijo:

-Benito...

Y al desdichado lobisón, que había iniciado el salto, se lo vio ahí, en el aire, recuperar su forma humana, a medida que una bala de plata le iba atravesando el corazón.

Tras los naranjos, don Nicosia bajó el cañón de su escopeta. Humeaba.

## Mito griego de la creación del universo.

Ana María Shua

Antes que todas las cosas, en el comienzo de todos los comienzos, solo existía el Caos infinito: la confusión y el desorden de lo que no tiene nombre. Y del Caos surgió Gea, la Madre Tierra, enorme, hermosa y temible. Como Gea se sentía muy sola, quiso tener un marido a su medida. Pero ¿quién podía ser tan inmenso como para abrazar a la Tierra entera? Ella misma creó, entonces, el Cielo Estrellado, que es tan grande como la Tierra y todas las noches la cubre, extendiéndose sobre ella. Y lo llamó Urano.

Gea y Urano, es decir, la Tierra y el Cielo, tuvieron muchos hijos. Primero nacieron doce Titanes, varones y mujeres. Después nacieron tres Cíclopes, gigantes con un solo ojo en medio de la frente. Los Cíclopes fueron los dueños del Rayo, el Relámpago y el Trueno. Y finalmente nacieron los tres Hecatónquiros, monstruos violentos de cincuenta cabezas y cien brazos.

Urano desconfiaba de sus hijos: temía que uno de ellos lo despojara de su poder sobre el Universo. Y por eso no les permitía ver la luz. Los mantenía encerrados en las oscuras profundidades de la Tierra, es decir, en el vientre de su propia madre. Ese lugar oscuro y terrible se llamaba el Tártaro. Gea, inmensa, pesada, no soportaba ya la tremenda carga de tantos hijos aprisionados dentro de su cuerpo y sufría también por ellos y por su triste destino.

—Solo ustedes pueden ayudarme, hijos míos —les rogó—. Con esta hoz mágica que yo misma fabriqué, deben enfrentarse a Urano. ¡Ya es hora de que pague por sus maldades! Pero los hijos, aunque eran enormes y poderosos, se sentían pequeños frente a su padre, el inmenso Cielo Estrellado, y no se atrevían a asomarse fuera de la Madre Tierra. Solo el joven Cronos, el menor de los Titanes, un malvado de mente retorcida, estuvo dispuesto a ayudarla. Pero no fue solo por amor a su madre, sino porque, tal como lo temía Urano, planeaba quedarse con todo el poder. Una noche, cuando Urano, el Cielo Estrellado, llegó trayendo consigo a la oscuridad, y cayó sobre la Tierra, envolviéndola en su abrazo, su hijo

Cronos le cortó los órganos reproductores con la hoz que su madre le había entregado y los arrojó al mar. En ese lugar, rodeada de espuma, nació la más hermosa de las deidades, Afrodita<sup>1</sup>, la diosa de la belleza y el amor.

—¡Maldito seas! —gritó Urano, enloquecido de dolor—. ¡Yo te condeno a que uno de tus propios hijos te destruya, como hiciste conmigo! Entretanto, Cronos le había prometido a su madre liberar a todos sus hermanos de las profundidades del Tártaro, donde estaban encadenados. Pero cuando vio a los Cíclopes y a los Hecatónquiros, de aspecto tan aterrador, decidió que era mejor volver a encadenar a esos monstruos. Solo los Titanes, los más parecidos a él, quedaron libres y lo ayudaron a gobernar.

Urano no murió, pero ya no tenía el poder. Ahora era Cronos, el joven Titán de mente retorcida, el que reinaba sobre el Universo.



cuando pidió ayuda a su madre, Gea, para salvar a ese bebé. ¡Aunque fuera uno solo de sus hijos tenía que escapar a ese horrendo destino! Siguiendo los consejos de su madre, Rea le dijo a su marido que debía hacer un viaje a la isla de Creta.

Allí, en medio de un bosque espeso había una profunda caverna, donde se ocultó la titánida para parir a Zeus<sup>3</sup>, el menor de sus hijos. Gea, la Madre Tierra, se hizo cargo del pequeño. Una cabra le daba su leche y las abejas del monte destilaban para él la miel más exquisita. Entretanto, Rea volvió con su marido, quejándose como si estuviera sufriendo en ese momento los dolores del parto. Poco después le entregó a Cronos lo que parecía un bebé, su sexto hijo. Cronos se lo tragó sin dudar un segundo. Solo le pareció que este hijo resultaba más pesado que los anteriores: lo que le había dado su esposa era una enorme piedra envuelta en pañales.

Zeus creció rápidamente y en solo un año se había convertido en un dios adulto y poderoso. Su abuela Gea tenía preparado un plan para librarse del malvado Cronos. Pero antes era necesario que Zeus recuperara a sus hermanos. Con ayuda de Rea, hicieron tragar a Cronos una poción mágica que lo obligó a devolver a la vida a todos los hijos que había devorado. Así, convertidos ya en adultos, en toda su fuerza y majestad, se desprendieron de la carne de Cronos los hermanos de Zeus. De este modo, volvieron a la vida Hestia, Deméter, Hera, Hades y Poseidón, y se fueron a vivir junto a Zeus, en lo alto del monte Olimpo. Debían prepararse para la guerra que se avecinaba. ¡Cronos pagaría por su maldad!

## Texto expositivo

### La mitología griega

Es el conjunto de mitos y leyendas pertenecientes a los antiguos griegos que tratan de sus dioses y héroes, la naturaleza del mundo y los orígenes y significado de sus propios cultos y prácticas rituales. Formaban parte de la religión de la Antigua Grecia.

La mitología griega está formada por un conjunto de relatos cuyo origen se remonta a una etapa anterior a la ocupación de la península griega, lo que se demuestra por el paralelismo con otras mitologías de origen indoeuropeo. Este conjunto de relatos no constituye una religión en sí misma, pero sí constituyen un reflejo de ciertas creencias de los antiguos griegos respecto al universo y el hombre. Estos relatos de transmisión oral fueron de alguna manera "fijados" por escrito por poetas, dando lugar a veces a las distintas versiones que conservamos de ellos.

Los griegos, al igual que la mayoría de los pueblos de la antigüedad, eran politeístas (creían en muchos dioses) a los que les asignaron forma humana (antropomorfismo) y les adjudicaron virtudes y defectos de las personas, diferenciándose del resto de los hombres, por su carácter inmortal, y por serles ajenas la miseria, las enfermedades y la vejez.

Los dioses del panteón griego adoptaban figuras humanas y personificaban las fuerzas del Universo; al igual que los hombres, los dioses eran impredecibles, por eso unas veces tenían un estricto sentido de la justicia y otras eran crueles y vengativos; su favor se alcanzaba por medio de los sacrificios y de piedad, pero estos procedimientos no eran siempre efectivos puesto que los dioses eran muy volubles.

Los dioses podían concebir hijos con los humanos, dando nacimiento a los héroes, que revestían las características de semidioses, merecedores de culto tras su muerte y que realizaban hazañas, que excedían las que pudiera hacer cualquier mortal, como, por ejemplo, Heracles y Teseo. Hércules fue el más importante, de origen dorio, y vinculado a la ciudad de Tebas. Fue convertido en Dios, y accedió al Olimpo.

Fuente: *Dioses y héroes de la mitología griega*. Ana María Shua. Editorial Alfaguara infantil.



## Artículo de divulgación

# Axolote mexicano o ajolote mexicano ¿qué hace que sea una salamandra tan especial?

El 'Ambystoma mexicanum', que solo se encuentra en México DF, es una salamandra con una especie de 'complejo de Peter Pan'.

POR NATIONAL GEOGRAPHIC



Este singular anfibio se encuentra en peligro crítico de extinción debido a la pérdida de hábitat, la pesca, la introducción de especies invasoras en su hábitat, la sobreexplotación y la contaminación.

- NOMBRE COMÚN: Ajolote o axolote mexicano
- NOMBRE CIENTÍFICO: *Ambystoma mexicanum*
- CLASE: Anfibio
- VIDA MEDIA EN LIBERTAD: De 10 a 15 años
- TAMAÑO: Hasta 30 centímetros
- PESO: De 60 a 230 gramos

¿Qué es un ajolote?

Según cuenta la leyenda, el ajolote o axolote es el dios azteca del fuego y el rayo, Xólotl, que se disfrazó de salamandra para evitar ser sacrificado. Pero lo cierto es que estos anfibios mexicanos no necesitan de ninguna fábula para mantener su fama: son suficientemente impresionantes por sí solos gracias a su capacidad de regenerar miembros perdidos y mantenerse "jóvenes" durante toda su vida.

A diferencia de otras salamandras con metamorfosis, los ajolotes nunca superan su fase larvaria, un fenómeno llamado neotenia.

Sus rasgos juveniles incluyen branquias plumosas que brotan de su cabeza como una melena, patas palmeadas, una aleta dorsal que recorre todo su cuerpo y una cola. Aunque conservan las branquias, los ajolotes (o axolotes) adultos también tienen pulmones funcionales y pueden respirar a través de la piel. Y por si esta condición de bebés eternos no fuera lo suficientemente adorable, tienen la boca respingona en una permanente sonrisa de Mona Lisa.

Pero esas dulces sonrisitas pueden convertirse rápidamente en aspiradoras cuando llega la hora de comer. Los axolotes succionan sus presas, que incluyen crustáceos, moluscos, huevos de insectos y peces pequeños.

### Una rareza popular

Los ajolotes llevan mucho tiempo fascinando al público, sobre todo desde que fueron trasladados por primera vez de México a París en 1864. Fue entonces cuando europeos de todo el continente empezaron a criar estas salamandras, lo que supuso el inicio de un intenso comercio de estos animales, que se reproducen fácilmente en cautividad.

En estado salvaje, la mayoría son de color marrón grisáceo. Los axolotes de colores más claros, sobre todo los de cuerpo blanco y branquias rosadas, suelen criarse como mascotas. Sin embargo, en la mayoría de los países no está permitido comerciar con esta especie más allá de las fronteras internacionales, en parte por la preocupación de que sean cazados furtivamente en su hábitat natural. En algunos estados de EE. UU. es ilegal poseer ajolotes por la misma razón. En España, la posesión de ajolotes está sujeta a la legislación sobre especies exóticas invasoras, lo que supone la necesidad de contar con una autorización especial (varía según la comunidad autónoma en la que se resida).

Los axolotes son también un tema de investigación habitual para los biólogos, gracias a su capacidad para regenerar extremidades, corazones, médulas espinales e incluso partes del cerebro perdidos o dañados, todo ello sin cicatrices permanentes.

Dado que la cicatrización impide la regeneración de los tejidos, averiguar cómo y por qué los ajolotes no cicatrizan podría dar luz al estudio de la regeneración de tejidos en humanos. Un estudio de abril de 2021, por ejemplo, descifró cómo se comunican las moléculas del ajolote para promover la regeneración.

A pesar de su omnipresente población cautiva, los ajolotes salvajes están en grave peligro de extinción. Estos anfibios habitaban antaño los lagos de gran altitud que rodean Ciudad de México, pero la degradación de su hábitat los ha limitado a unos pocos canales interiores de la zona.

(Relacionado: *¿Será la fama suficiente para salvar al ajolote mexicano?*)

### Reproducción

Los ajolotes, que son criaturas solitarias, alcanzan la madurez sexual al año de edad y su época de desove en libertad se da en febrero. Los machos buscan a las hembras, posiblemente mediante feromonas, y bailan una danza de cortejo llamada "hula", sacudiendo la cola y la parte inferior del cuerpo, a la que la hembra responde propinando un golpe con el hocico.

A continuación, el macho deposita espermatozoides, o paquetes de esperma, en el suelo del lago, que la hembra recoge con su cloaca (una cavidad corporal) para luego fecundar sus huevos.

Las hembras pueden poner hasta mil huevos (aunque la media es de unos 300) sobre material vegetal o rocas, lo que las protege de los depredadores. Al cabo de dos semanas eclosionan y, sin necesidad de cuidados parentales, las larvas salen a nadar solas.

Hay una teoría que explica por qué los ajolotes no cambian de aspecto cuando son adultos. Como sus lagos natales nunca se secan, como ocurre con muchas otras masas de agua, los ajolotes no tuvieron que cambiar sus rasgos acuáticos (como la cola de renacuajo) por otros terrestres, como las patas.

## Conservación

Según una evaluación realizada en 2019 por la Unión Internacional para la Conservación de las Especies, solo quedan entre 50 y 1000 ajolotes en estado salvaje, y sus poblaciones están disminuyendo.

El desarrollo turístico y residencial, además de la contaminación agrícola e industrial, han reducido drásticamente la población de la especie.

También lo ha hecho la introducción de tilapias y otros peces invasores, que se comen a las crías de salamandra y compiten con los adultos por el alimento.

El Gobierno mexicano, así como muchas organizaciones sin ánimo de lucro, están intentando salvar a los ajolotes, en parte restaurando zonas de su hábitat de agua dulce y ofreciendo ecoturismo para que la gente pueda admirar a estas extravagantes salamandras en libertad.

Por ejemplo, científicos y agricultores están colaborando en la creación de chinampas, unas islas flotantes hechas de plantas acuáticas, troncos y barro del lago que ayudan a filtrar el agua contaminada.

Algunas empresas de viajes ofrecen visitas guiadas a estos jardines, cuya recaudación apoya los esfuerzos de conservación del ajolote en la zona.

Fuente: <https://www.nationalgeographic.es/animales/axolote-mexicano>



# Cuentos clásicos, fantásticos, maravillosos y realistas.

## Axolotl. Julio Cortazar

Hubo un tiempo en que yo pensaba mucho en los axolotls. Iba a verlos al acuario del Jardin des Plantes y me quedaba horas mirándolos, observando su inmovilidad, sus oscuros movimientos. Ahora soy un axolotl. El azar me llevó hacia ellos una mañana de primavera en que París abrió su cola de pavorreal después de la lenta invernada. Bajé por el bulevar de Port-Royal, tomé St. Marcel y L'Hospital, vi los verdes entre tanto gris y me acordé de los leones. Era amigo de los leones y las panteras, pero nunca había entrado en el húmedo y oscuro edificio de los acuarios. Dejé mi bicicleta contra las rejas y me fui a ver los tulipanes. Los leones estaban feos y tristes y mi pantera dormía. Opté por los acuarios, soslayé peces vulgares hasta dar inesperadamente con los axolotls. Me quedé una hora mirándolos y salí, incapaz de otra cosa. En la biblioteca Sainte-Geneviève consulté un diccionario y supe que los axolotl son formas larvales, provistas de branquias, de una especie de batracios del género amblastoma. Que eran mexicanos lo sabía ya por ellos mismos, por sus pequeños rostros rosados aztecas y el cartel en lo alto del acuario. Leí que se han encontrado ejemplares en África capaces de vivir en tierra durante los períodos de sequía, y que continúan su vida en el agua al llegar la estación de lluvias. Encontré su nombre español, ajolote, la mención de que son comestibles y que su aceite se usaba (se diría que no se usa más) como el de hígado de bacalao. No quise consultar obras especializadas, pero volví al día siguiente al Jardin des Plantes. Empecé a ir a todas las mañanas, a veces de mañana y de tarde. El guardián de los acuarios sonreía perplejo al recibir el billete. Me apoyaba en la barra de hierro que bordea los acuarios y me ponía a mirarlos. No hay nada de extraño en esto, porque desde el primer momento comprendí que estábamos vinculados, que algo infinitamente perdido y distante seguía sin embargo uniéndonos. Me había bastado detenerme aquella mañana ante el cristal donde unas burbujas corrían en el agua. Los axolotl se amontonaban en el mezquino y angosto (sólo yo puedo saber cuán angosto y mezquino) piso de piedra y musgo del acuario. Había nueve ejemplares, y la mayoría apoyaba la cabeza sobre el cristal, mirando con sus ojos de oro a los que se acercaban. Turbado, casi avergonzado, sentí como una impudicia asomarme a esas figuras silenciosas e inmóviles aglomeradas en el fondo del acuario. Aislé mentalmente una, situada a la derecha y algo separada de las otras, para estudiarla mejor. Vi un cuerpecito rosado y como translúcido (pensé en las estatuillas chinas de cristal lechoso), semejante a un pequeño lagarto de quince centímetros, terminado en una cola de pez de una delicadeza extraordinaria, la parte más sensible de nuestro cuerpo. Por el lomo le corría una aleta transparente que se fusionaba con la cola, pero lo que más me obsesionó fueron las patas, de una finura sutilísima, acabadas en menudos dedos, en uñas minuciosamente humanas. Y entonces descubrí sus ojos, su cara. Un rostro inexpresivo, sin otro rasgo que los ojos, dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de un oro transparente, carentes de toda vida, pero mirando, dejándose penetrar por mi mirada que parecía pasar a través

del punto áureo y perderse en un diáfano misterio interior. Un delgadísimo halo negro rodeaba el ojo y lo inscribía en la carne rosa, en la piedra rosa de la cabeza vagamente triangular, pero con lados curvos e irregulares, que le daban una total semejanza con una estatuilla corroída por el tiempo. La boca estaba disimulada por el plano triangular de la cara, sólo de perfil se adivinaba su tamaño considerable; de frente una fina hendidura rasgaba apenas la piedra sin vida. A ambos lados de la cabeza, donde hubieran debido estar las orejas, le crecían tres ramitas rojas como de coral, una excrecencia vegetal, las branquias, supongo. Y era lo único vivo en él, cada diez o quince segundos las ramitas se enderezaban rígidamente y volvían a bajarse. A veces una pata se movía apenas, yo veía los diminutos dedos posándose con suavidad en el musgo. Es que no nos gusta movernos mucho, y el acuario es tan mezquino; apenas avanzamos un poco nos damos con la cola o la cabeza de otro de nosotros; surgen dificultades, peleas, fatiga. El tiempo se siente menos si nos estamos quietos. Fue su quietud lo que me hizo inclinarme fascinado la primera vez que vi a los axolotls. Oscuramente me pareció comprender su voluntad secreta, abolir el espacio y el tiempo con una inmovilidad indiferente. Después supe mejor, la contracción de las branquias, el tanteo de las finas patas en las piedras, la repentina natación (algunos de ellos nadan con la simple ondulación del cuerpo) me probó que eran capaces de evadirse de ese sopor mineral en que pasaban horas enteras. Sus ojos, sobre todo, me obsesionaban. Al lado de ellos, en los restantes acuarios, diversos peces me mostraban la simple estupidez de sus hermosos ojos semejantes a los nuestros. Los ojos de los axolotls me decían de la presencia de una vida diferente, de otra manera de mirar. Pegando mi cara al vidrio (a veces el guardián tosía, inquieto) buscaba ver mejor los diminutos puntos áureos, esa entrada al mundo infinitamente lento y remoto de las criaturas rosadas. Era inútil golpear con el dedo en el cristal, delante de sus caras; jamás se advertía la menor reacción. Los ojos de oro seguían ardiendo con su dulce, terrible luz; seguían mirándome, desde una profundidad insondable que me daba vértigo. Y sin embargo estaban cerca. Lo supe antes de esto, antes de ser un axolotl. Lo supe el día en que me acerqué a ellos por primera vez. Los rasgos antropomórficos de un mono revelan, al revés de lo que cree la mayoría, la distancia que va de ellos a nosotros. La absoluta falta de semejanza de los axolotls con el ser humano me probó que mi reconocimiento era válido, que no me apoyaba en analogías fáciles. Sólo las manecitas... Pero una lagartija tiene manos así, y en nada se nos parece. Yo creo que era la cabeza de los axolotls, esa forma triangular rosada con los ojillos de oro. Eso miraba y sabía. Eso reclamaba. No eran *animales*. Parecía fácil, casi obvio, caer en la mitología. Empecé viendo en los axolotls una metamorfosis que no conseguía anular una misteriosa humanidad. Los imaginé conscientemente, esclavos de su cuerpo, infinitamente condenados a un silencio abisal, a una reflexión desesperada. Su mirada ciega, el diminuto disco de oro inexpresivo y sin embargo terriblemente lúcido, me penetraba como un mensaje: "Sálvanos, sálvanos." Me sorprendía musitando palabras de consuelo, transmitiendo pueriles esperanzas. Ellos seguían mirándome, inmóviles; de pronto las ramillas rosadas de las branquias se enderezaban. En ese instante yo sentía como un dolor sordo; tal vez me veían, captaban mi esfuerzo por penetrar en lo impenetrable de sus vidas. No eran seres humanos, pero en ningún animal había encontrado una relación tan profunda conmigo. Los axolotls eran como testigos de algo, y a veces como horribles jueces. Me sentía innoble frente a ellos; había una pureza tan espantosa en esos ojos transparentes. Eran larvas, pero larva quiere decir también máscara y también fantasmas. Detrás de esas caras

aztecas, inexpresivas y sin embargo de una crueldad implacable ¿qué imagen esperaba su hora? Les temía. Creo que de no haber sentido la proximidad de otros visitantes y del guardián, no me hubiese atrevido a quedarme solo con ellos. "Usted se los come con los ojos". me decía riendo el guardián., que debía suponerme un poco desequilibrado. No se daba cuenta de lo que eran ellos los que me devoraban lentamente por los ojos, en un canibalismo de oro. Lejos del acuario no hacía más que pensar en ellos, era como si me influyeran a distancia. Llegué a ir todos los días, y de noche los imaginaba inmóviles en la oscuridad, adelantando lentamente una mano que de pronto encontraba la de otro. Acaso sus ojos veían en plena noche, y el día continuaba para ellos indefinidamente. Los ojos de un axolotl no tienen párpados. Ahora sé que no hubo nada de extraño, que eso tenía que ocurrir. Cada mañana, al inclinarme sobre el acuario, el reconocimiento era mayor. Sufrían, cada fibra de mi cuerpo alcanzaba ese sufrimiento amordazado, esa tortura rígida en el fondo del agua. Espiaban algo, un remoto señorío aniquilado, un tiempo de libertad en que el mundo había sido de los axolotls. No era posible que una expresión tan terrible, que alcanzaba a vencer la inexpresividad forzada de sus rostros de piedra, no portara un mensaje de dolor, la prueba de que esa condena eterna, de ese infierno líquido que padecían. Inútilmente quería probarme que mi propia sensibilidad proyectaba en los axolotl una conciencia inexistente. Ellos y yo sabíamos. Por eso no hubo nada de extraño en lo que ocurrió. Mi cara estaba pegada al vidrio del acuario, mis ojos trataban una vez más de penetrar el misterio de esos ojos de oro sin iris y sin pupila. Veía de muy cerca la cara de un axolotl inmóvil junto al vidrio. Sin transición, sin sorpresa, vi mi cara contra el vidrio, la vi fuera del acuario, la vi del otro lado del vidrio. Entonces mi cara se apartó y yo comprendí. Sólo una cosa era extraña; seguir pensando como antes, saber. Darme cuenta de eso fue en el primer momento como el horror del enterrado vivo que despierta a su destino. Afuera, mi cara volvía a acercarse al vidrio, veía mi boca de labios apretados por el esfuerzo de comprender a los axolotl. Yo era un axolotl y sabía ahora instantáneamente que ninguna comprensión era posible. Él estaba fuera del acuario, su pensamiento era un pensamiento fuera del acuario. Conociéndolo, siendo él mismo, yo era un axolotl y estaba en mi mundo. El horror venía - lo supe en ese momento - de crearme prisionero en un cuerpo de axolotl, transmigrado a él con mi pensamiento de hombre, enterrado vivo en un axolotl, condenado a moverme lúcidamente entre criaturas insensibles. Pero aquello cesó cuando una para vino a rozarme la cara, cuando moviéndome apenas a un lado vi a un axolotl junto a mí que me miraba, y supe que también él sabía, sin comunicación posible pero tan claramente. O yo estaba también en él, o todos nosotros pensábamos como un hombre, incapaces de expresión, limitados al resplandor dorado de nuestros ojos que miraban la cara del hombre pegada al acuario. El volvió muchas veces, pero viene menos ahora. Pasa semanas sin asomarse. Ayer lo vi, me miró largo rato y se fue bruscamente. Me pareció que no se interesaba tanto por nosotros, que obedecía a una costumbre. Como lo único que hago es pensar, pude pensar mucho en él. Se me ocurre que al principio continuamos comunicados, que él se sentía más que nunca unido al misterio que lo obsesionaba. Pero los puentes están cortados entre él y yo, porque lo que era su obsesión es ahora un axolotl, ajeno a su vida de hombre. Creo que al principio yo era capaz de volver en cierto modo a él - ah, sólo en cierto modo - y mantener alerta su deseo de conocernos mejor. **Ahora soy definitivamente un axolotl**, y si pienso como un hombre es sólo porque todo axolotl piensa como un hombre dentro de su imagen de piedra rosa. Me parece que de todo esto alcancé a comunicarle

algo en los primeros días, cuando yo era todavía él. Y en esta soledad final, a la que él ya no vuelve, me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros, creyendo imaginar un cuento va a escribir todo esto sobre los axolotls.

Fuente: *Final de juego*. Julio Cortázar. Editorial Alfaguara.

### **No se culpe a nadie. Julio Cortazar**

El frío complica siempre las cosas, en verano se está tan cerca del mundo, tan piel contra piel, pero ahora a las seis y media su mujer lo espera en una tienda para elegir un regalo de casamiento, ya es tarde y se da cuenta de que hace fresco, hay que ponerse el pulóver azul, cualquier cosa que vaya bien con el traje gris, el otoño es un ponerse y sacarse pulóveres, irse encerrando, alejando. Sin ganas silba un tango mientras se aparta de la ventana abierta, busca el pulóver en el armario y empieza a ponérselo delante del espejo. No es fácil, a lo mejor por culpa de la camisa que se adhiere a la lana del pulóver, pero le cuesta hacer pasar el brazo, poco a poco va avanzando la mano hasta que al fin asoma un dedo fuera del puño de lana azul, pero a la luz del atardecer el dedo tiene un aire como de arrugado y metido para adentro, con una uña negra terminada en punta. De un tirón se arranca la manga del pulóver y se mira la mano como si no fuese suya, pero ahora que está fuera del pulóver se ve que es su mano de siempre y él la deja caer al extremo del brazo flojo y se le ocurre que lo mejor será meter el otro brazo en la otra manga a ver si así resulta más sencillo. Parecería que no lo es porque apenas la lana del pulóver se ha pegado otra vez a la tela de la camisa, la falta de costumbre de empezar por la otra manga dificulta todavía más la operación, y aunque se ha puesto a silbar de nuevo para distraerse siente que la mano avanza apenas y que sin alguna maniobra complementaria no conseguirá hacerla llegar nunca a la salida.

Mejor todo al mismo tiempo, agachar la cabeza para calzarla a la altura del cuello del pulóver a la vez que mete el brazo libre en la otra manga enderezándola y tirando simultáneamente con los dos brazos y el cuello. En la repentina penumbra azul que lo envuelve parece absurdo seguir silbando, empieza a sentir como un calor en la cara, aunque parte de la cabeza ya debería estar afuera, pero la frente y toda la cara siguen cubiertas y las manos andan apenas por la mitad de las mangas. Por más que tira nada sale afuera y ahora se le ocurre pensar que a lo mejor se ha equivocado en esa especie de cólera irónica con que reanudó la tarea, y que ha hecho la tontería de meter la cabeza en una de las mangas y una mano en el cuello del pulóver. Si fuese así su mano tendría que salir fácilmente, pero, aunque tira con todas sus fuerzas no logra hacer avanzar ninguna de las dos manos, aunque en cambio, parecería que la cabeza está a punto de abrirse paso porque la lana azul le aprieta ahora con una fuerza casi irritante la nariz y la boca, lo sofoca más de lo que hubiera podido imaginarse, obligándolo a respirar profundamente mientras la lana se va humedeciendo contra la boca, probablemente desteñirá y le manchará la cara de azul. Por suerte en ese mismo momento su mano derecha asoma al aire al frío de afuera, por lo menos ya hay una afuera aunque la otra siga apresada en la manga, quizá era cierto que su mano derecha estaba

metida en el cuello del pulóver por eso lo que él creía el cuello le está apretando de esa manera la cara sofocándolo cada vez más, y en cambio la mano ha podido salir fácilmente. De todos modos y para estar seguro lo único que puede hacer es seguir abriéndose paso respirando a fondo y dejando escapar el aire poco a poco, aunque sea absurdo porque nada le impide respirar perfectamente, salvo que el aire que traga está mezclado con pelusas de lana del cuello o de la manga del pulóver, y además hay el gusto del pulóver, ese gusto azul de la lana que le debe estar manchando la cara ahora que la humedad del aliento se mezcla cada vez más con la lana, y aunque no puede verlo porque si abre los ojos las pestañas tropiezan dolorosamente con la lana, está seguro de que el azul le va envolviendo la boca mojada, los agujeros de la nariz, le gana las mejillas, y todo eso lo va llenando de ansiedad y quisiera terminar de ponerse de una vez el pulóver sin contar que debe ser tarde y su mujer estará impacientándose en la puerta de la tienda. Se dice que lo más sensato es concentrar la atención en su mano derecha, porque esa mano por fuera del pulóver está en contacto con el aire frío de la habitación es como un anuncio de que ya falta poco y además puede ayudarlo, ir subiendo por la espalda hasta aferrar el borde inferior del pulóver con ese movimiento clásico que ayuda a ponerse cualquier pulóver tirando enérgicamente hacia abajo. Lo malo es que aunque la mano palpa la espalda buscando el borde de lana, parecería que el pulóver ha quedado completamente arrollado cerca del cuello y lo único que encuentra la mano es la camisa cada vez más arrugada y hasta salida en parte del pantalón, y de poco sirve traer la mano y querer tirar de la delantera del pulóver porque sobre el pecho no se siente más que la camisa, el pulóver debe haber pasado apenas por los hombros y estará ahí arrollado y tenso como si él tuviera los hombros demasiado anchos para ese pulóver lo que en definitiva prueba que realmente se ha equivocado y ha metido una mano en el cuello y la otra en una manga, con lo cual la distancia que va del cuello a una de las mangas es exactamente la mitad de la que va de una manga a otra, y eso explica que él tenga la cabeza un poco ladeada a la izquierda, del lado donde la mano sigue prisionera en la manga, si es la manga, y que en cambio su mano derecha que ya está afuera se mueva con toda libertad en el aire aunque no consiga hacer bajar el pulóver que sigue como arrollado en lo alto de su cuerpo. Irónicamente se le ocurre que si hubiera una silla cerca podría descansar y respirar mejor hasta ponerse del todo el pulóver, pero ha perdido la orientación después de haber girado tantas veces con esa especie de gimnasia eufórica que inicia siempre la colocación de una prenda de ropa y que tiene algo de paso de baile disimulado, que nadie puede reprochar porque responde a una finalidad utilitaria y no a culpables tendencias coreográficas. En el fondo la verdadera solución sería sacarse el pulóver puesto que no ha podido ponérselo, y comprobar la entrada correcta de cada mano en las mangas y de la cabeza en el cuello, pero la mano derecha desordenadamente sigue yendo y viniendo como si ya fuera ridículo renunciar a esa altura de las cosas, y en algún momento hasta obedece y sube a la altura de la cabeza y tira hacia arriba sin que él comprenda a tiempo que el pulóver se le ha pegado en la cara con esa gomosidad húmeda del aliento mezclado con el azul de la lana, y cuando la mano tira hacia arriba es un dolor como si le desgarraran las orejas y quisieran arrancarle las pestañas. Entonces más despacio, entonces hay que utilizar la mano metida en la manga izquierda, si es la manga y no el cuello, y para eso con la mano derecha ayudar a la mano izquierda para que pueda avanzar por la manga o retroceder y zafarse, aunque es casi imposible coordinar los movimientos de las dos manos, como si la mano izquierda fuese una rata metida en

una jaula y desde afuera otra rata quisiera ayudarla a escaparse, a menos que en vez de ayudarla la esté mordiendo porque de golpe le duele la mano prisionera y a la vez la otra mano se hinca con todas sus fuerzas en eso que debe ser su mano y que le duele, le duele a tal punto que renuncia a quitarse el pulóver, prefiere intentar un último esfuerzo para sacar la cabeza fuera del cuello y la rata izquierda fuera de la jaula y lo intenta luchando con todo el cuerpo, echándose hacia adelante y hacia atrás, girando en medio de la habitación, si es que está en el medio porque ahora alcanza a pensar que la ventana ha quedado abierta y que es peligroso seguir girando a ciegas, prefiere detenerse aunque su mano derecha siga yendo y viniendo sin ocuparse del pulóver, aunque su mano izquierda le duela cada vez más como si tuviera los dedos mordidos o quemados, y sin embargo esa mano le obedece, contrayendo poco a poco los dedos lacerados alcanza a aferrar a través de la manga el borde del pulóver arrollado en el hombro, tira hacia abajo casi sin fuerza, le duele demasiado y haría falta que la mano derecha ayudara en vez de trepar o bajar inútilmente por las piernas en vez de pellizcarle el muslo como lo está haciendo, arañándolo y pellizcándolo a través de la ropa sin que pueda impedirselo porque toda su voluntad acaba en la mano izquierda, quizá ha caído de rodillas y se siente como colgado de la mano izquierda que tira una vez más del pulóver y de golpe es el frío en las cejas y en la frente, en los ojos, absurdamente no quiere abrir los ojos pero sabe que ha salido fuera, esa materia fría, esa delicia es el aire libre, y no quiere abrir los ojos y espera un segundo, dos segundos, se deja vivir en un tiempo frío y diferente, el tiempo de fuera del pulóver, está de rodillas y es hermoso estar así hasta que poco a poco agradecidamente entreabre los ojos libres de la baba azul de la lana de adentro, entreabre los ojos y ve las cinco uñas negras suspendidas apuntando a sus ojos, vibrando en el aire antes de saltar contra sus ojos, y tiene el tiempo de bajar los párpados y echarse atrás cubriéndose con la mano izquierda que es su mano, que es todo lo que le queda para que lo defienda desde dentro de la manga, para que tire hacia arriba el cuello del pulóver y la baba azul le envuelva otra vez la cara mientras se endereza para huir a otra parte, para llegar por fin a alguna parte sin mano y sin pulóver, donde solamente haya un aire fragoroso que lo envuelva y lo acompañe y lo acaricie doce pisos.

Fuente: *Final de juego*. Julio Cortázar. Editorial Alfaguara.



## Hansel y Gretel.

### Hermanos Grimm

En una cabaña cerca del bosque vivía un leñador con sus dos hijos, que se llamaban Hansel y Gretel. El hombre se había casado por segunda vez con una mujer que no quería a los niños. Siempre se quejaba de que comían demasiado y que por su culpa, el dinero no les llegaba para nada. – Ya no nos quedan monedas para comprar ni leche ni carne – dijo un día la madrastra – A este paso, moriremos todos de hambre.

– Mujer... Los niños están creciendo y lo poco que tenemos es para comprar comida para ellos – contestó compungido el padre.

– ¡No! ¡Hay otra solución! Tus hijos son lo bastante espabilados como para buscarse la vida ellos solos, así que mañana iremos al bosque y les abandonaremos allí. Seguro que con su ingenio conseguirán sobrevivir sin problemas y encontrarán un nuevo lugar para vivir – ordenó la madrastra envuelta en ira.

– ¿Cómo voy a abandonar a mis hijos a su suerte? ¡Son sólo unos niños!

– ¡No hay más que hablar! – siguió gritando – Nosotros viviremos más desahogados y ellos, que son jóvenes, encontrarán la manera de salir adelante por sí mismos.

El buen hombre, a pesar de la angustia que sentía en el pecho, aceptó pensando que quizá su mujer tuviera razón y que dejarles libres sería lo mejor.

Mientras el matrimonio hablaba sobre este tema, Hansel estaba en la habitación contigua escuchándolo todo. Horrorizado, se lo contó al oído a su hermana Gretel. La pobre niña comenzó a llorar amargamente.

– ¿Qué haremos, hermano, tú y yo solitos en el bosque? Moriremos de hambre y frío.

– No te preocupes, Gretel, confía en mí ¡Ya se me ocurrirá algo! – dijo Hansel con ternura, dándole un beso en la mejilla.

Al día siguiente, antes del amanecer, la madrastra les despertó dando voces.

– ¡Levantaos! ¡Es hora de ir a trabajar, holgazanes!

Asustados y sin decir nada, los niños se vistieron y se dispusieron a acompañar a sus padres al bosque para recoger leña. La madrastra les esperaba en la puerta con un panecillo para cada uno.

– Aquí tenéis un mendrugo de pan. No os lo comáis ahora, reservadlo para la hora del almuerzo, que queda mucho día por delante.

Los cuatro iniciaron un largo recorrido por el sendero que se adentraba en el bosque. Era un día de otoño desapacible y frío. Miles de hojas secas de color tostado crujían bajo sus pies.

A Hansel le atemorizaba que su madrastra cumpliera sus amenazas. Por si eso sucedía, fue dejando miguitas de pan a su paso para señalar el camino de vuelta a casa.

Al llegar a su destino, ayudaron en la dura tarea de recoger troncos y ramas. Tanto trabajaron que el sueño les venció y se quedaron dormidos al calor de una fogata. Cuando se despertaron, sus padres ya no estaban.

– ¡Hansel, Hansel! – sollozó Gretel – ¡Se han ido y nos han dejado solos! ¿Cómo vamos a salir de aquí? El bosque está oscuro y es muy peligroso.

– Tranquila hermanita, he dejado un rastro de migas de pan para poder regresar – dijo Hansel confiado.

Pero por más que buscó las miguitas de pan, no encontró ni una ¡Los pájaros se las habían comido!

Desesperados, comenzaron a vagar entre los árboles durante horas. Tiritaban de frío y tenían tanta hambre que casi no les quedaban fuerzas para seguir avanzando. Cuando ya lo daban todo por perdido, en un claro del bosque vieron una hermosa casita de chocolate. El tejado estaba decorado con caramelos de colores y las puertas y ventanas eran de bizcocho. Tenía un jardín pequeño cubierto de flores de azúcar y de la fuente brotaba sirope de fresa.

Maravillados, los chiquillos se acercaron y comenzaron a comer todo lo que se les puso por delante ¡Qué rico estaba todo!

Al rato, salió de la casa una mujer vieja y arrugada que les recibió con amabilidad.

– ¡Veo que os habéis perdido y estáis muertos de hambre, pequeños! ¡Pasad, no os quedéis ahí! En mi casa encontraréis cobijo y todos los dulces que queráis.

Los niños, felices y confiados, entraron en la casa sin sospechar que se trataba de una malvada bruja que había construido una casa de chocolate y caramelos para atraer a los niños y después comérselos. Una vez dentro, cerró la puerta con llave, cogió a Hansel y lo encerró en una celda de la que era imposible salir. Gretel, asustadísima, comenzó a llorar.

– ¡Tú, niñata, deja de lloriquear! A partir de ahora serás mi criada y te encargarás de cocinar para tu hermano. Quiero que engorde mucho y dentro de unas semanas me lo comeré. Como no obedezcas, tú correrás la misma suerte.

La pobre niña tuvo que hacer lo que la bruja cruel le obligaba. Cada día, con el corazón en un puño, le llevaba ricos manjares a su hermano Hansel. La bruja, por las noches, se acercaba a la celda a ver al niño para comprobar si había ganado peso.

– Saca la mano por la reja – le decía para ver si su brazo estaba más gordito.

El avisgado Hansel sacaba un hueso de pollo en vez de su brazo a través de los barrotes. La bruja, que era corta de vista y con la oscuridad no distinguía nada, tocaba el hueso y se quejaba de que seguía siendo un niño flaco y sin carnes. Durante semanas consiguió engañarla, pero un día la vieja se hartó.

– ¡Tu hermano no engorda y ya me he cansado de esperar! – le dijo a Gretel – Prepara el horno, que hoy me lo voy a comer.

La niña, muerta de miedo, le dijo que no sabía cómo se encendían las brasas. La bruja se acercó al horno con una enorme antorcha.

– ¡Serás inútil! – se quejó la malvada mujer mientras se agachaba frente al horno – ¡Tendré que hacerlo yo!

La vieja metió la antorcha dentro del horno y cuando comenzó a crepitar el fuego, Gretel se armó de valor y de una patada la empujó dentro y cerró la puerta. Los gritos de espanto no conmovieron a la chiquilla; cogió las llaves de la celda y liberó a su hermano.

Fuera de peligro, los dos recorrieron la casa y encontraron un cajón donde había valiosas joyas y piedras preciosas. Se llenaron los bolsillos y huyeron de allí. Se adentraron en el bosque de nuevo y la suerte quiso que encontraran fácilmente el camino que llevaba a su casa, guiándose por el brillante sol que lucía esa mañana.

A lo lejos distinguieron a su padre sentado en el jardín, con la mirada perdida por la tristeza de no tener a sus hijos. Cuando les vio aparecer, fue corriendo a abrazarles. Les contó que cada día sin ellos se había sido un infierno y que su madrastra ya no vivía allí. Estaba muy arrepentido. Hansel y Gretel supieron perdonarle y le dieron las valiosas joyas que habían encontrado en la casita de chocolate.

¡Jamás volvieron a ser pobres y los tres vivieron muy felices y unidos para siempre!

Fuente: *Los clásicos*. Edición homenaje cuentos de Polidoro. Ministerio de educación.

### **El ilustre amor. Manuel Mujica Láinez**

En el aire fino, mañanero, de abril, avanza por la Plaza Mayor la pompa fúnebre del quinto Virrey del Río de la Plata. Magdalena la espía hace rato por el entreabierto postigo, aferrándose a la reja de su ventana. Traen al muerto desde la que fue su residencia del Fuerte, para exponerle durante los oficios de la Catedral y del convento de las monjas capuchinas. Dicen que viene muy bien embalsamado, con el hábito de Santiago por mortaja, al cinto el espadín. También dicen que se le ha puesto la cara negra.

A Magdalena le late el corazón locamente. De vez en vez se lleva el pañuelo a los labios. Otras, no pudiendo dominarse, abandona su acecho y camina sin razón por el aposento enorme, oscuro. El vestido enlutado y la mantilla de duelo disimulan su figura otoñal de mujer que nunca ha sido hermosa. Pero pronto regresa a la ventana y empuja suavemente el tablero. Poco falta ya. Dentro de unos minutos el séquito pasará frente a su casa.

Magdalena se retuerce las manos. ¿Se animará, se animará a salir?

Ya se oyen los latines con claridad. Encabeza la marcha el cura. Tendrá que ser ahora. Magdalena ahoga un grito, abre la puerta y sale.

Afuera, la Plaza inmensa, trémula bajo el tibio sol, está inundada de gente. Nadie quiso perderse las ceremonias. El ataúd se balancea como una barca. Pasan ahora los miembros del Consulado y los de la Real Audiencia. Pasan el Marqués de Casa Hermosa y el secretario de Su Excelencia y el comandante de Forasteros. Los oficiales se turnan para tomar, como si fueran reliquias, las telas de bayeta que penden de la caja. Los soldados arrastran cuatro cañones viejos. El Virrey va hacia su morada última en la Iglesia de San Juan.

Magdalena se suma al cortejo llorando desesperadamente. El sobrino de Su Excelencia se hace a un lado, a pesar del rigor de la etiqueta, y le roza un hombro con la mano perdida entre encajes, para sosegar tanto dolor. Pero Magdalena no calla. Su llanto se mezcla a los latines litúrgicos, cuya música

decora el nombre ilustre: "Excmo. Domino Pedro Melo de Portugal et Villena, militaris ordinis Sancti Jacobi..."

El Marqués de Casa Hermosa vuelve un poco la cabeza altiva en pos de quién llora así. Y el secretario virreinal también, sorprendido. Y los cónsules del Real Consulado. Quienes más se asombran son las cuatro hermanas de Magdalena, las cuatro hermanas jóvenes cuyos maridos desempeñan cargos en el gobierno de la ciudad.

—¿Qué tendrá Magdalena?

—¿Qué tendrá Magdalena?

—¿Cómo habrá venido aquí, ella que nunca deja la casa?

Las otras vecinas lo comentan con bisbiseos hipócritas, en el rumor de los largos rosarios.

—¿Por qué llorará así Magdalena?

A las cuatro hermanas ese llanto y ese duelo las perturban. ¿Qué puede importarle a la mayor, a la enclaustrada, la muerte de don Pedro? ¿Qué pudo acercarla a señorón tan distante, al señor cuyas órdenes recibían sus maridos temblando, como si vinieran del propio Rey? El Marqués de Casa Hermosa suspira y menea la cabeza. Se alisa la blanca peluca y tercia la capa porque la brisa se empieza a enfriar.

Ya suenan sus pasos en la Catedral. Disparan los cañones, mientras depositan a don Pedro en el túmulo que diez soldados custodian entre hachones encendidos. El cura comienza a rezar el oficio.

Magdalena se desliza entre los odores y los cónsules. Se aproxima al asiento de dosel donde el decano de la Audiencia finge meditaciones profundas. Magdalena llora a gritos, llora tanto que nadie se atreve a protestar por el atentado contra las jerarquías. ¡Es tan terrible el dolor de esta mujer! El cura, al tornarse con los brazos abiertos como alas, para la primera bendición, la ve y alza una ceja. Tose el Marqués de Casa Hermosa, incómodo. Pero el sobrino del Virrey permanece al lado de la dama cuitada, palmeándola, calmándola.

Sólo unos metros escasos la separan del túmulo. Allá arriba, cruzadas las manos sobre el pecho, descansa don Pedro, con sus trofeos, con sus insignias.

—¿Qué le acontece a Magdalena?

Las cuatro hermanas arden de bronca. Chisporrotean, celosas.

—¿Qué diantre le pasa? ¿Ha perdido el juicio? ¿O habrá habido algo, algo muy íntimo, entre ella y el Virrey? Pero no, no, es imposible... ¿cuándo?

Don Pedro Melo de Portugal, de la casa de los duques de Braganza, caballero de la Orden de Santiago, gentilhombre de cámara en ejercicio, primer caballero de la Reina, virrey, gobernador y capitán general de las Provincias del Río de la Plata, presidente de la Real Audiencia Pretorial de

Buenos Aires, duerme su sueño infinito. Magdalena, de rodillas, convulsa, sigue llorando y rezando a los pies del difunto.

Las vecinas se codean:

¡Qué escándalo! Ya ni pudor queda en esta tierra... ¡Y qué calladito lo tuvo! Pero, simultáneamente, se mezcla en el ánimo de todos esos hombres y de todas esas mujeres, un indefinible respeto hacia quien tan cerca estuvo del poderoso hombre que ahora yace muerto.

La procesión ondula hacia el convento de las capuchinas de Santa Clara, del cual fue protector Su Excelencia. Magdalena no logra casi tenerse en pie. La sostiene el sobrino de don Pedro, y el Marqués de Casa Hermosa, malhumorado, le murmura desflecadas frases de consuelo. Las cuatro hermanas jóvenes no osan mirarse.

¡Mosca muerta! ¡Mosca muerta! ¡Cómo se habrá reído de ellas, para sus adentros, cuando le hicieron sentir, con mil alusiones agrias, su superioridad de mujeres casadas, fecundas, ante la hembra seca, reseca, vieja a los cuarenta años, sin vida, sin nada, que jamás salía del caserón paterno de la Plaza Mayor! ¿Iría el Virrey allí? ¿Iría ella al Fuerte? ¿Dónde se encontrarían?

—¿Qué hacemos? —susurra la segunda.

Han descendido el cadáver a su sepulcro, abierto junto a la reja del coro de las monjas. Se fue don Pedro, como un muñeco suntuoso. Era demasiado soberbio para escuchar el zumbido de avispas que revolotea en torno de su magnificencia displicente.

Despídese el concurso. El regente de la Audiencia, al pasar ante Magdalena, a quien no conoce, le hace una reverencia grave, sin saber por qué. Las cuatro hermanas la rodean, sofocadas, quebrado el orgullo. También los maridos, que se doblan en la rigidez de las casacas y ojean furtivamente alrededor.

Regresan a la gran casa vacía. Nadie dice palabra. Entre la belleza insulsa de las otras, se destaca la madurez de Magdalena con quemante fulgor. Les parece que no la han observado bien hasta hoy, que sólo hoy la conocen. Y en el fondo, en el secretísimo fondo de su alma, hermanas y cuñados la temen y la admiran. Es como si un pincel de artista hubiera barnizado esa tela deslucida, agrietada, remozándola para siempre.

Claro que de estas cosas no se hablará. No hay que hablar de estas cosas. Magdalena atraviesa el zaguán de su casa, erguida, triunfante. Ya no la dejará. Hasta el fin de sus días vivirá encerrada, como un ídolo fascinador, como un objeto raro, precioso, casi legendario, en las salas sombrías, esas salas que abandonó por última vez para seguir el cortejo mortuorio de un Virrey a quien no había visto nunca.

Fuente: <https://www.educ.ar/recursos/158482/el-ilustre-amor-de-manuel-mujica-lainez-texto>

# Poesía y canción

## Limeriks

El limerik tiene su origen en Irlanda; los primeros conocidos son los de Edward Lear y surgieron en el condado de Limerick, de donde su nombre. Definido por su estructura, se trata de una "quintilla", esto es, una combinación métrica de cinco versos octosílabos, con dos consonancias distintas, ordenados de modo que no queden juntos tres con la misma consonancia y que no tengan la misma los dos últimos. También se define como combinación métrica de cinco versos, de cualquier medida, con dos consonancias distintas. Aunque tienen un patrón de medida muy estricto, la inmensa variedad de Limericks escritos es sorprendente.

**Selección** de Limericks del libro *ZOO LOCO*, de María Elena Walsh:

Un canario que ladra si está triste,  
que come cartulina en vez de alpiste,  
que se pasea en coche  
y toma sol de noche,  
estoy casi seguro que no existe.

\*\*\*

Siempre de frac y con zapatos finos,  
No parece que fueran argentinos.  
¿Por qué, por qué será  
que no usan chiripá  
ni poncho ni alpargatas los Pingüinos?

\*\*\*

Si alguna vez conocen una Trucha  
que en un árbol muy alto hizo la cucha,  
que solamente nada  
en agua no mojada,  
señores, esa Trucha está enfermucha.

\*\*\*

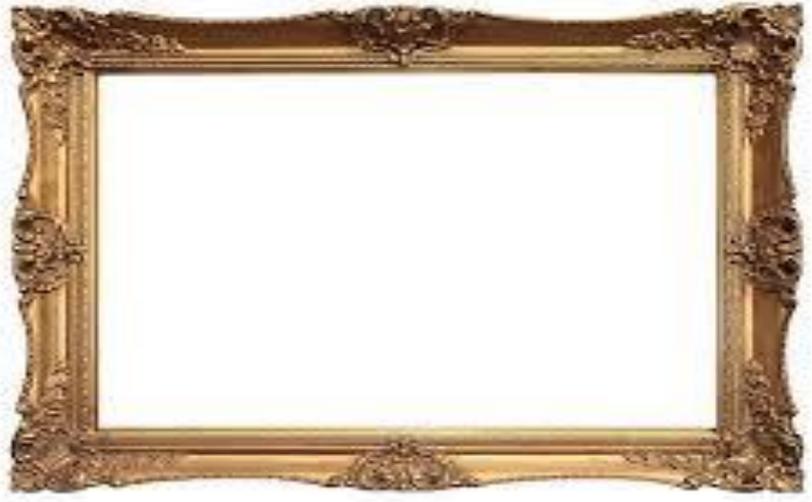
Un Gallo a una Gallina preguntó:  
¿Cocorocó? ¿Cocorocó cocó?  
la Gallina, indecisa,  
primero le dio risa,  
pero después le contestó que no.

Fuente: *Zoo loco*. María Elena Walsh. Editorial Alfaguara infantil.

## Verso libre

Antes. Alejandra P.

bosque musical  
los pájaros dibujaban en mis ojos  
pequeñas jaulas



Mariposa. Federico García Lorca

Mariposa del aire,  
qué hermosa eres,  
Mariposa del aire  
dorada y verde.  
Luz de candil,  
mariposa del aire  
!Quédate ahí, ahí, ahí...!  
No te quieres parar  
pararte no quieres.  
Mariposa del aire  
dorada y verde.  
Luz de candil,  
mariposa del aire,  
!quédate ahí, ahí, ahí!...  
!Quédate ahí!  
Mariposa ¿Estás ahí?



Fuente: *Poesía y vida*. Antología de poemas. Buenos Aires Educación.

## Haikus

### EL HAIKU: UNA PIEZA CLAVE DE LA POESÍA JAPONESA

El Haiku es una de las más importantes formas poéticas de la poesía japonesa. Tradicionalmente está formado por tres versos de cinco, siete, y cinco sílabas respectivamente. Y otra de sus características esenciales es que suele haber en el poema una referencia explícita a las estaciones del año, por ejemplo, en el invierno: nieve; en el otoño: hojas, o en primavera: flores. Pero no siempre esta palabra que hace referencia explícita a las estaciones, y que se denomina *kigo* es tan obvia, y este hecho forma parte de su encanto.

En cuanto a la temática, el haiku trata de describir de forma breve y sencilla una escena vista o imaginada. Según Basho, que fue considerado el padre del género, “un haiku es simplemente lo que está sucediendo en ese lugar en ese momento”, y, de hecho, algunos de los haikus más emocionantes o hermosos describen situaciones cotidianas, y lo hacen de una forma en la que el lector vive una experiencia totalmente nueva a partir de una situación ya conocida. Con solo tres versos y a través de la observación, los poetas japoneses han sabido expresar a la perfección su relación con la realidad a la vez que la han dotado de un sentido eterno o de trascendencia.

En este poema, de Buson, tenemos un buen ejemplo de ello:

Sopla el poniente,  
y al oriente se apilan  
las hojas secas.  
(Buson)



En el año 1986 Bashô compuso el haiku más famoso de la literatura japonesa, que resume perfectamente el espíritu del haiku:

Un viejo estanque;  
Se zambulle una rana,  
ruido de agua.



**Fuente:** *Más allá del ruido del agua*. Antología del haiku japonés contemporáneo. Selección, traducción e introducción de Fernando Cid Lucas. Fundación inquietudes.

## Canciones

### Solo le pido a dios. Mercedes Sosa

Solo le pido a Dios  
Que el dolor no me sea indiferente  
Que la reseca muerte no me encuentre  
Vacía y sola sin haber hecho lo suficiente



Solo le pido a Dios  
Que lo injusto no me sea indiferente  
Que no me abofeteen la otra mejilla  
Después que una garra me arañe esta suerte



Solo le pido a Dios  
Que la guerra no me sea indiferente  
Es un monstruo grande y pisa fuerte  
Toda la pobre inocencia de la gente

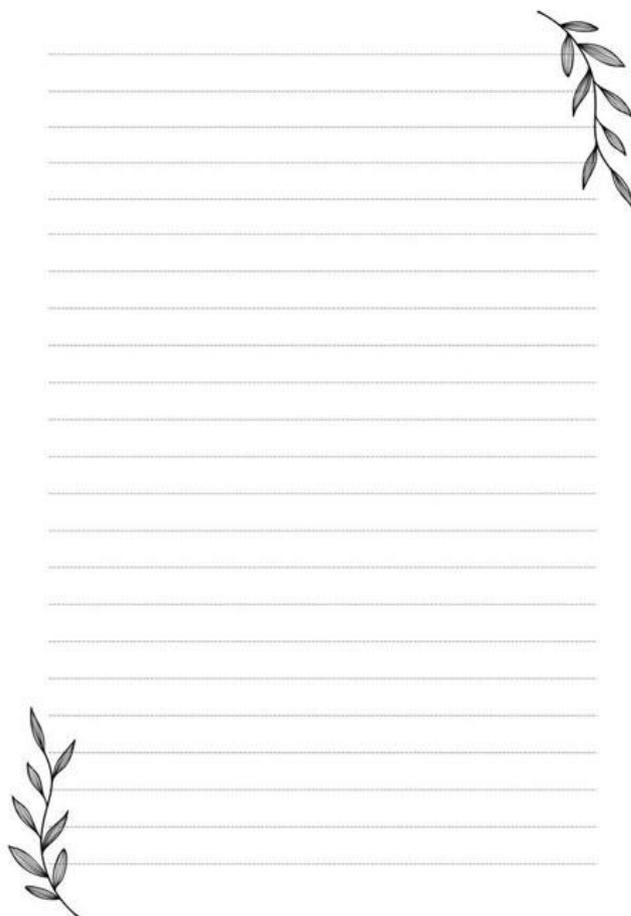
Es un monstruo grande y pisa fuerte  
Toda la pobre inocencia de la gente

Solo le pido a Dios  
Que el engaño no me sea indiferente  
Si un traidor puede más que unos cuantos  
Que esos cuantos no lo olviden fácilmente

Solo le pido a Dios  
Que el futuro no me sea indiferente  
Desahuciado está el que tiene que marchar  
A vivir una cultura diferente

Solo le pido a Dios  
Que la guerra no me sea indiferente  
Es un monstruo grande y pisa fuerte  
Toda la pobre inocencia de la gente

Es un monstruo grande y pisa fuerte  
Toda la pobre inocencia de la gente



## La maza. Mercedes Sosa

Si no creyera en la locura  
De la garganta del sinsonte  
Si no creyera que en el monte  
Se esconde el trino y la pavura

Si no creyera en la balanza  
En la razón del equilibrio  
Si no creyera en el delirio  
Si no creyera en la esperanza

Si no creyera en lo que agencio  
Si no creyera en mi camino  
Si no creyera en mi sonido  
Si no creyera en mi silencio

¿Qué cosa fuera?  
¿Qué cosa fuera la maza sin cantera?  
Un amasijo hecho de cuerdas y tendones  
Un revoltijo de carne con madera  
Un instrumento sin mejores pretensiones  
De lucecitas montadas para escena  
¿Qué cosa fuera, corazón, qué cosa fuera?  
¿Qué cosa fuera la maza sin cantera?  
Un testafarro del traidor de los aplausos  
Un servidor de pasado en copa nueva  
Un eternizador de dioses del ocaso  
Júbilo hervido con trapo y lentejuela

¿Qué cosa fuera, corazón, qué cosa fuera?  
¿Qué cosa fuera la maza sin cantera?

Si no creyera en lo más duro  
Si no creyera en el deseo  
Si no creyera en lo que creo  
Si no creyera en algo puro

Si no creyera en cada herida  
Si no creyera en la que ronde  
Si no creyera en lo que esconde  
Hacerse hermano de la vida



Si no creyera en quien me escucha  
Si no creyera en lo que duele  
Si no creyera en lo que quede  
Si no creyera en lo que lucha

¿Qué cosa fuera?  
¿Qué cosa fuera la maza sin cantera?  
Un amasijo hecho de cuerdas y tendones  
Un revoltijo de carne con madera  
Un instrumento sin mejores pretensiones  
De lucecitas montadas para escena  
¿Qué cosa fuera, corazón, qué cosa fuera?  
¿Qué cosa fuera la maza sin cantera?  
Un testafarro del traidor de los aplausos  
Un servidor de pasado en copa nueva  
Un eternizador de dioses del ocaso  
Júbilo hervido con trapo y lentejuela

¿Qué cosa fuera, corazón, qué cosa fuera?  
¿Qué cosa fuera la maza sin cantera?



### Mariposa tecknicolor. Fito Paez

Todas las mañanas que viví  
Todas las calles donde me escondí  
El encantamiento de un amor  
El sacrificio de mis madres  
Los zapatos de charol  
  
Los domingos en el club  
Salvo que Cristo sigue allí en la cruz  
Las columnas de la catedral  
Y la tribuna grita "gol" el lunes por la capital  
  
Todos yiran y yiran  
Todos bajo el sol



Se proyecta la vida  
Mariposa tecknicolor

Cada vez que me miras  
Cada sensación  
Se proyecta la vida  
Mariposa tecknicolor



Vi sus caras de resignación  
Los vi felices llenos de dolor  
Ellas cocinaban el arroz  
Él levantaba sus principios de sutil emperador



Todo al fin se sucedió  
Solo que el tiempo no los esperó  
La melancolía de morir en este mundo  
Y de vivir sin una estúpida razón

Todos yiran y yiran  
Todos bajo el sol  
Se proyecta la vida  
Mariposa tecknicolor

Cada vez que me miras  
Cada sensación  
Se proyecta la vida  
Mariposa tecknicolor

Yo te conozco de antes  
Desde antes de ayer  
Yo te conozco de antes  
Cuando me fui no me alejé

Llevo la voz cantante  
Llevo la luz del tren  
Llevo un destino errante  
Llevo tus marcas en mi piel

Y hoy solo te vuelvo a ver  
Y hoy solo te vuelvo a ver  
Y hoy solo te vuelvo a ver



## Gracias a la vida. Violeta Parra, Mercedes Sosa

Gracias a la vida que me ha dado tanto  
Me dio dos luceros que, cuando los abro  
Perfecto distingo, lo negro del blanco  
Y en el alto cielo su fondo estrellado  
Y en las multitudes, el hombre que yo amo

Gracias a la vida que me ha dado tanto  
Me ha dado el oído que en todo su ancho  
Graba noche y días, grillos y canarios  
Martillos, turbinas, ladridos, chubascos  
Y la voz tan tierna de mi bien amado

Gracias a la vida que me ha dado tanto  
Me ha dado el sonido y el abecedario  
Con él, las palabras que pienso y declaro  
Madre, amigo, hermano y luz alumbrando  
La ruta del alma del que estoy amando

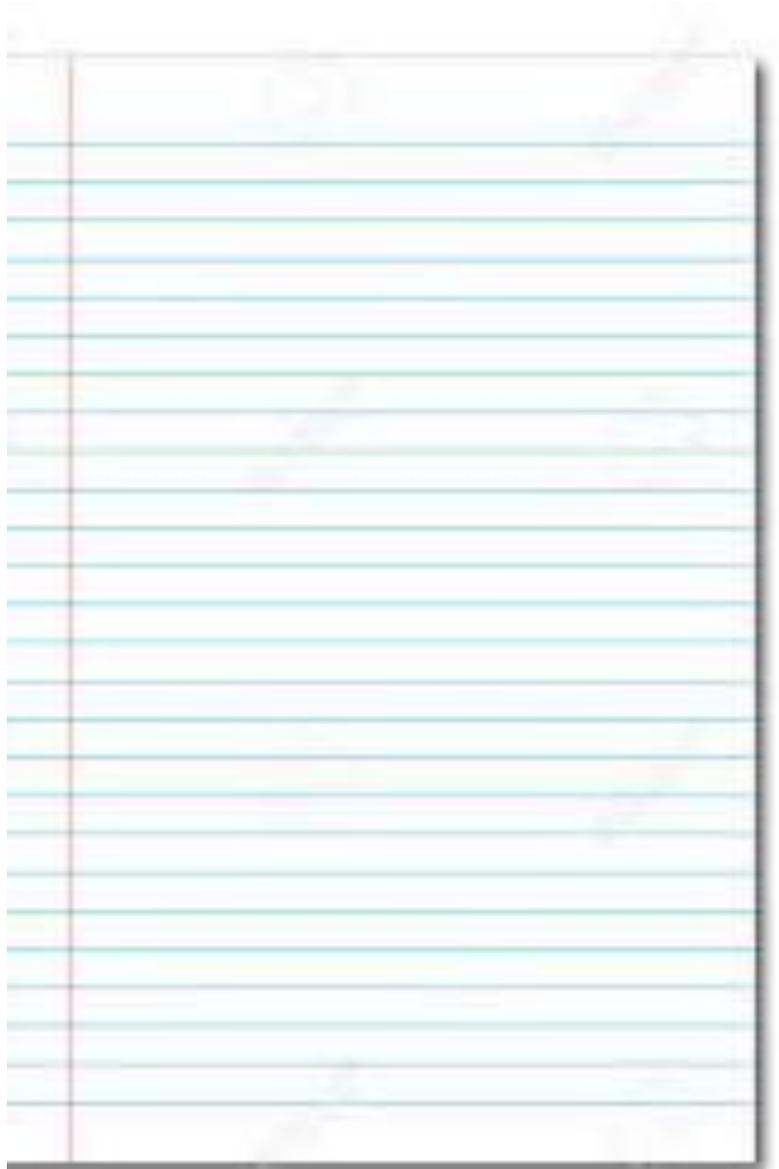
Gracias a la vida que me ha dado tanto  
Me ha dado la marcha de mis pies cansados  
Con ellos anduve, ciudades y charcos  
Playas y desiertos, montañas y llanos  
Y la casa tuya, tu calle y tu patio

Gracias a la vida que me ha dado tanto  
Me dio el corazón que agita su marco  
Cuando miro el fruto del cerebro humano  
Cuando miro el bueno, tan lejos del malo  
Cuando miro el fondo de tus ojos claros

Gracias a la vida que me ha dado tanto  
Me ha dado la risa y me ha dado el llanto  
Así yo distingo, dicha de quebranto  
Los dos materiales que forman mi canto  
Y el canto de ustedes, que es el mismo canto

Y el canto de todos que es mi propio canto

Gracias a la vida



Fuente: [www.letras.com](http://www.letras.com)

# Cuento policial

## Tres portugueses bajo un paraguas sin contar al muerto. Por Rodolfo Walsh

1

El primer portugués era alto y flaco.

El segundo portugués era bajo y gordo.

El tercer portugués era mediano.

El cuarto portugués estaba muerto.

2

-¿Quién fue?- preguntó el comisario Jiménez.

-Yo no- dijo el primer portugués.

-Yo tampoco- dijo el segundo portugués.

-Yo menos- dijo el tercer portugués.

El cuarto portugués estaba muerto.

3

Daniel Hernández puso los cuatro sombreros sobre el escritorio. Así:

El sombrero del primer portugués estaba mojado adelante.

El sombrero del segundo portugués estaba seco en el medio.

El sombrero del tercer portugués estaba mojado adelante.

El sombrero del cuarto portugués estaba todo mojado.

4

-¿Qué hacían en esa esquina?- preguntó el comisario Jiménez.

-Esperábamos un taxi- dijo el primer portugués.

-Llovía muchísimo- dijo el segundo portugués.

-¡Cómo llovía! Dijo el tercer portugués.

El cuarto portugués dormía la muerte dentro de su grueso sobretodo.

5

-¿Quién vio lo que pasó?- preguntó Daniel Hernández.

-Yo miraba hacia el norte- dijo el primer portugués.

-Yo miraba hacia el este- dijo el segundo portugués.

-Yo miraba hacia el sur- dijo el tercer portugués.

El cuarto portugués estaba muerto. Murió mirando al oeste.

6

-¿Quién tenía el paraguas?- preguntó el comisario Jiménez.

-Yo tampoco- dijo el primer portugués.

-Yo soy bajo y gordo- dijo el segundo portugués.

-El paraguas era chico- dijo el tercer portugués.

El cuarto portugués no dijo nada. Tenía una bala en la nuca.

7



-¿Quién oyó el tiro?- preguntó Daniel Hernández.

-Yo soy corto de vista- dijo el primer portugués.

-La noche era oscura- dijo el segundo portugués.

-Tronaba y tronaba- dijo el tercer portugués.

El cuarto portugués estaba borracho de muerte.

8

-¿Cuándo vieron al muerto?- preguntó el comisario Jiménez.

-Cuando acabó de llover- dijo el primer portugués.

-Cuando acabó de tronar- dijo el segundo portugués.

-Cuando acabó de morir- dijo el tercer portugués.

Cuando acabó de morir.

9

-¿Qué hicieron entonces?- preguntó Daniel Hernández.

-Yo me saqué el sombrero- dijo el primer portugués.

-Yo me descubrí- dijo el segundo portugués.

-Mis homenajes al muerto- dijo el tercer portugués.

Los cuatro sombreros en la mesa.

10

-Entonces, ¿qué hicieron?- preguntó el comisario Jiménez.

-Uno maldijo la suerte- dijo el primer portugués.

-Uno cerró el paraguas- dijo el segundo portugués.

-Uno nos trajo corriendo- dijo el tercer portugués.

El muerto estaba muerto.

11

-Usted lo mató- dijo Daniel Hernández.

-¿Yo, señor?- preguntó el primer portugués.

-No, señor- dijo Daniel Hernández.

-¿Yo, señor?- preguntó el segundo portugués.

-Sí, señor- dijo Daniel Hernández.

12

-Uno mató, uno murió, los otros dos no vieron nada- dijo Daniel Hernández.

-Uno miraba al norte, otro al este, otro al sur, el muerto al oeste. Habían convenido en vigilar cada uno una bocacalle distinta, para tener más posibilidades de descubrir un taxímetro en una noche tormentosa.

El paraguas era chico y ustedes eran cuatro. Mientras esperaban, la lluvia les mojó la parte delantera del sombrero.

El que miraba al norte y el que miraba al sur no tenían que darse vuelta para matar al que miraba al oeste. Les bastaba mover el brazo izquierdo o derecho a un costado. El que miraba al este, en cambio, tenía que darse vuelta del todo, porque estaba de espaldas a la víctima. Pero al darse vuelta se le mojó la parte de atrás del sombrero. Su sombrero está seco en el medio; es decir, mojado adelante

y atrás. Los otros dos sombreros se mojaron solamente adelante, porque cuando sus dueños se dieron vuelta para mirar el cadáver, había dejado de llover. Y el sombrero del muerto se mojó por completo al rodar por el pavimento húmedo.

El asesino utilizó un arma de muy reducido calibre, un matagatos de esos con que juegan los chicos o que llevan algunas mujeres en su cartera. La detonación se confundió con los truenos (esta noche hubo una tormenta eléctrica particularmente intensa). Pero el segundo portugués tuvo que localizar en la oscuridad el único punto realmente vulnerable a un arma tan pequeña: la nuca de su víctima, entre el grueso sobretodo y el engañoso sombrero. En esos pocos segundos, el fuerte chaparrón le empapó la parte posterior del sombrero. El suyo es el único que presenta esa particularidad. Por lo tanto es el culpable.

El primer portugués se fue a su casa.

Al segundo no lo dejaron.

El tercero se llevó el paraguas.

El cuarto portugués estaba muerto. Muerto.

Fuente: <https://www.pagina12.com.ar/diario/especiales/subnotas/3215-1675-2002-03-25.html>



### **El crimen casi perfecto. Roberto Arlt**

La coartada de los tres hermanos de la suicida fue verificada. Ellos no habían mentido. El mayor, Juan, permaneció desde las cinco de la tarde hasta las doce de la noche (la señora Stevens se suicidó entre las siete y las diez de la noche) detenido en una comisaría por su participación imprudente en un accidente de tránsito. El segundo hermano, Esteban, se encontraba en el pueblo de Lister desde las seis de la tarde de aquel día hasta las nueve del siguiente, y, en cuanto al tercero, el doctor Pablo, no se había apartado ni un momento del laboratorio de análisis de leche de la Erpa Cía., donde estaba adjunto a la sección de dosificación de mantecas en las cremas.

Lo más curioso del caso es que aquel día los tres hermanos almorzaron con la suicida para festejar su cumpleaños, y ella, a su vez, en ningún momento dejó de traslucir su intención funesta. Comieron todos alegremente; luego, a las dos de la tarde, los hombres se retiraron.

Sus declaraciones coincidían en un todo con las de la antigua doméstica que servía hacía muchos años a la señora Stevens. Esta mujer, que dormía afuera del departamento, a las siete de la tarde se retiró a su casa. La última orden que recibió de la señora Stevens fue que le enviara por el portero un diario de la tarde. La criada se marchó; a las siete y diez el portero le entregó a la señora Stevens el diario pedido y el proceso de acción que ésta siguió antes de matarse se presume lógicamente así: la propietaria revisó las adiciones en las libretas donde llevaba anotadas las entradas y salidas de su contabilidad doméstica, porque las libretas se encontraban sobre la mesa del comedor con algunos gastos del día subrayados; luego se sirvió un vaso de agua con whisky, y en esta mezcla arrojó aproximadamente medio gramo de cianuro de potasio. A continuación se puso a leer el diario, bebió el veneno, y al sentirse morir trató de ponerse de pie y cayó sobre la alfombra. El periódico fue hallado entre sus dedos tremendamente contraídos.

Tal era la primera hipótesis que se desprendía del conjunto de cosas ordenadas pacíficamente en el interior del departamento pero, como se puede apreciar, este proceso de suicidio está cargado de absurdos psicológicos. Ninguno de los funcionarios que intervinimos en la investigación podíamos aceptar congruentemente que la señora Stevens se hubiese suicidado.

Sin embargo, únicamente la Stevens podía haber echado el cianuro en el vaso. El whisky no contenía veneno. El agua que se agregó al whisky también era pura. Podía presumirse que el veneno había sido depositado en el fondo o las paredes de la copa, pero el vaso utilizado por la suicida había sido retirado de un anaquel donde se hallaba una docena de vasos del mismo estilo; de manera que el presunto asesino no podía saber si la Stevens iba a utilizar éste o aquél. La oficina policial de química nos informó que ninguno de los vasos contenía veneno adherido a sus paredes.

El asunto no era fácil. Las primeras pruebas, pruebas mecánicas como las llamaba yo, nos inclinaban a aceptar que la viuda se había quitado la vida por su propia mano, pero la evidencia de que ella estaba distraída leyendo un periódico cuando la sorprendió la muerte transformaba en disparatada la prueba mecánica del suicidio.

Tal era la situación técnica del caso cuando yo fui designado por mis superiores para continuar ocupándome de él. En cuanto a los informes de nuestro gabinete de análisis, no cabían dudas.

Únicamente en el vaso, donde la señora Stevens había bebido, se encontraba veneno. El agua y el whisky de las botellas eran completamente inofensivos. Por otra parte, la declaración del portero era terminante; nadie había visitado a la señora Stevens después que él le alcanzó el periódico; de manera que si yo, después de algunas investigaciones superficiales, hubiera cerrado el sumario informando de un suicidio comprobado, mis superiores no hubiesen podido objetar palabra. Sin embargo, para mí cerrar el sumario significaba confesarme fracasado. La señora Stevens había sido asesinada, y había un indicio que lo comprobaba: ¿dónde se hallaba el envase que contenía el veneno antes de que ella lo arrojara en su bebida?

Por más que nosotros revisáramos el departamento, no nos fue posible descubrir la caja, el sobre o el frasco que contuvo el tóxico. Aquel indicio resultaba extraordinariamente sugestivo.

Además había otro: los hermanos de la muerta eran tres bribones.

Los tres, en menos de diez años, habían despilfarrado los bienes que heredaron de sus padres. Actualmente sus medios de vida no eran del todo satisfactorios.

Juan trabajaba como ayudante de un procurador especializado en divorcios. Su conducta resultó más

de una vez sospechosa y lindante con la presunción de un chantaje. Esteban era corredor de seguros y había asegurado a su hermana en una gruesa suma a su favor; en cuanto a Pablo, trabajaba de veterinario, pero estaba descalificado por la Justicia e inhabilitado para ejercer su profesión, convicto de haber dopado caballos. Para no morir de hambre ingresó en la industria lechera, se ocupaba de los análisis.

Tales eran los hermanos de la señora Stevens. En cuanto a ésta, había enviudado tres veces.

El día del “suicidio” cumplió 68 años; pero era una mujer extraordinariamente conservada, gruesa, robusta, enérgica, con el cabello totalmente renegrido. Podía aspirar a casarse una cuarta vez y manejaba su casa alegremente y con puño duro. Aficionada a los placeres de la mesa, su despensa estaba provista de vinos y comestibles, y no cabe duda de que sin aquel “accidente” la viuda hubiera vivido cien años. Suponer que una mujer de ese carácter era capaz de suicidarse, es desconocer la naturaleza humana. Su muerte beneficiaba a cada uno de los tres hermanos con doscientos treinta mil pesos.

La criada de la muerta era una mujer casi estúpida, y utilizada por aquélla en las labores groseras de la casa. Ahora estaba prácticamente aterrorizada al verse engranada en un procedimiento judicial.

El cadáver fue descubierto por el portero y la sirvienta a las siete de la mañana, hora en que ésta, no pudiendo abrir la puerta porque las hojas estaban aseguradas por dentro con cadenas de acero, llamó en su auxilio al encargado de la casa. A las once de la mañana, como creo haber dicho anteriormente, estaban en nuestro poder los informes del laboratorio de análisis, a las tres de la tarde abandonaba yo la habitación donde quedaba detenida la sirvienta, con una idea brincando en mi imaginación: ¿y si alguien había entrado en el departamento de la viuda rompiendo un vidrio de la ventana y colocando otro después que volcó el veneno en el vaso? Era una fantasía de novela policial, pero convenía verificar la hipótesis.

Salí decepcionado del departamento. Mi conjetura era absolutamente disparatada: la masilla solidificada no revelaba mudanza alguna.

Eché a caminar sin prisa. El “suicidio” de la señora Stevens me preocupaba (diré una enormidad) no policialmente, sino deportivamente.

Yo estaba en presencia de un asesino sagacísimo, posiblemente uno de los tres hermanos que había utilizado un recurso simple y complicado, pero imposible de presumir en la nitidez de aquel vacío.

Absorbido en mis cavilaciones, entré en un café, y tan identificado estaba en mis conjeturas, que yo, que nunca bebo bebidas alcohólicas, automáticamente pedí un whisky. ¿Cuánto tiempo permaneció el whisky servido frente a mis ojos? No lo sé; pero de pronto mis ojos vieron el vaso de whisky, la garrafa de agua y un plato con trozos de hielo. Atónito quedé mirando el conjunto aquel. De pronto una idea alumbró mi curiosidad, llamé al camarero, le pagué la bebida que no había tomado, subí apresuradamente a un automóvil y me dirigí a la casa de la sirvienta. Una hipótesis daba grandes saltos en mi cerebro. Entré en la habitación donde estaba detenida, me senté frente a ella y le dije:

- Míreme bien y fíjese en lo que me va a contestar: la señora Stevens, ¿tomaba el whisky con hielo o sin hielo?

-Con hielo, señor.

-¿Dónde compraba el hielo?

- No lo compraba, señor. En casa había una heladera pequeña que lo fabricaba en pancitos. –

Y la criada casi iluminada prosiguió, a pesar de su estupidez. - Ahora que me acuerdo, la heladera, hasta ayer, que vino el señor Pablo, estaba descompuesta. Él se encargó de arreglarla en un momento. Crimen.perfecto.

Una hora después nos encontrábamos en el departamento de la suicida con el químico de nuestra oficina de análisis, el técnico retiró el agua que se encontraba en el depósito congelador de la heladera y varios pancitos de hielo. El químico inició la operación destinada a revelar la presencia del tóxico, y a los pocos minutos pudo manifestarnos: – El agua está envenenada y los panes de este hielo están fabricados con agua envenenada.

Nos miramos jubilosamente. El misterio estaba desentrañado. Ahora era un juego reconstruir el crimen. El doctor Pablo, al reparar el fusible de la heladera (defecto que localizó el técnico) arrojó en el depósito congelador una cantidad de cianuro disuelto. Después, ignorante de lo que aguardaba, la señora Stevens preparó un whisky; del depósito retiró un pancito de hielo (lo cual explicaba que el plato con hielo disuelto se encontrara sobre la mesa), el cual, al desleírse en el alcohol, lo envenenó poderosamente debido a su alta concentración. Sin imaginarse que la muerte la aguardaba en su vicio, la señora Stevens se puso a leer el periódico, hasta que juzgando el whisky suficientemente enfriado, bebió un sorbo. Los efectos no se hicieron esperar.

No quedaba sino ir en busca del veterinario. Inútilmente lo aguardamos en su casa. Ignoraban dónde se encontraba. Del laboratorio donde trabajaba nos informaron que llegaría a las diez de la noche.

A las once, yo, mi superior y el juez nos presentamos en el laboratorio de la Erpa. El doctor Pablo, en cuanto nos vio comparecer en grupo, levantó el brazo como si quisiera anatemizar nuestras investigaciones, abrió la boca y se desplomó inerte junto a la mesa de mármol.

Había muerto de un síncope. En su armario se encontraba un frasco de veneno. Fue el asesino más ingenioso que conocí.

<https://www.educ.ar/recursos/158691/el-crimen-casi-perfecto-de-roberto-art>



# Reseña literaria

## El corazón delator, de E. A. Poe. Por Antonio Escalante

Tras releer «El corazón delator», pude reafirmar mi percepción de Poe como un genio de la narrativa.

Es uno de los relatos más cortos del autor y está escrito con un lenguaje económico y preciso. Se nota **meticulosamente planeado**. En él no se siente que haya partes innecesarias, y desde el comienzo se puede percibir que el autor ya tiene el final en mente, y que **cada parte del cuento contribuye a generar el efecto al que apunta el inesperado desenlace**. Todo el cuento se centra firmemente en un personaje y un asunto.

Pero «El corazón delator» no solo es **admirable por su estructura**. El cuento parece explorar, por un lado, las **contradictorias, pero inevitables conexiones** entre la **premeditación racional y la irracionalidad** asesina de un demente, y por otro, el vínculo estrecho entre el afecto más sincero y el odio más visceral.

Poe parece decirnos que, a veces (o quizás a menudo), **el amor y el odio** están relacionados el uno con el otro y pueden ser difíciles de diferenciar.

El narrador asegura que quería mucho al viejo al que, sin embargo, planea asesinar. Intenta justificar su locura volcando la culpa, y proyectando su odio incomprensible, sobre el ojo desagradable del anciano, similar al de un buitre. Trata a ese ojo como si fuera un elemento separado del viejo.

«El corazón delator», además de desarrollarse como la construcción de una trama y unos temas, se desarrolla también como **una construcción verosímil de la psicología de un personaje**: un asesino psicótico y paranoico.

Este se convence a sí mismo de que su hipersensibilidad es prueba de su cordura. Proyecta sus defectos y su culpa sobre el viejo y la policía. Se obsesiona de forma maniática con la idea de asesinar al viejo. Cree que la policía puede oír también aquel sonido reiterado que lo atormenta y que no es otra cosa que una exteriorización de su culpa.

**La parte que más me gusta del cuento** son los dos últimos párrafos. Allí Poe no nos dice de inmediato cuál es el ruido insoportable que desquicia de forma repentina al narrador. Deja que el suspenso y la tensión se vayan acumulando, y únicamente en la última línea nos revela la impactante verdad.

Fuente: <https://universoescritura.com/2021/03/26/resena-el-corazon-delator-de-edgar-allan-poe/>

## Sobre El color que cayó del cielo de H. P. Lovecraft, por DK Towers

La historia es contada en primera persona por un ingeniero encargado de hacer un estudio para edificar un lago en un remoto paraje, llamado Arkham. Allí encuentra un área de terreno que es distinta a todas y que le causa extrañas sensaciones. Un anciano vecino del lugar le explica que el motivo del estado de esa parcela es que un meteorito se estrelló cerca de una granja, y, al transcurrir el tiempo, las plantas y árboles primero, y los animales después, empiezan a sufrir mutaciones, cambios de color, olores desagradables, acabando afectando a la familia que habita la granja, enloqueciéndola hasta morir en un trágico final, y el ingeniero decide abandonar su trabajo electrizado por el horror que descubre. Debo decir que yo ya soy una iniciada más del universo Lovecraftniano; una fan más de este mundo lleno de seres cósmicos... Estuve leyendo varias páginas buscando información sobre los relatos y cuentos de Lovecraft, y en los que encontré información acerca de este relato en particular concuerdan con que es uno de los mejores escritos del traumado Lovocraft. ¿Y qué les digo?, pues que deben tener razón porque de los tres que me leí este es el que más me gustó. En este relato Lovecraft no nos presenta propiamente a un ser horroroso como lo hace en La Llamada de Cthulhu o en El Horror de Dunwich, en este cuento simplemente nos describe un color. Un color que es frío y húmedo, pero que quema. Una especie de humo que sorbe la vida de todas las cosas. Esta historia da inicio cuando un meteorito cae junto a la granja del viejo Nahum Gardner. La granja se encuentra ubicada en un remoto paraje llamado Arkham. A partir de allí muchas cosas raras comienza a pasarle a todas las cosas vivas del área, plantas, árboles, el terreno, animales y al final incluso a los humanos. Al llegar el tiempo de la cosecha el viejo Nahum se da cuenta que de los frutos tiene un tamaño inusualmente grande y un sabor desagradable, por todo el terreno comienzan a crecer unas hierbas y plantas de color extraño y con olor fétido. Los árboles florecen prematuramente y por las noches se mecen, aunque no haga ni una pizca de viento. Los animales del área comienzan sufrir raras mutaciones son más grandes y de aspecto insólito. Al final lo que habitaba en el meteorito, un ser sin forma y desconocido también llega afectar a toda la familia que vive en la granja.

Una vez más nos encontramos con relato bastante corto, simple, sencillo y súper fácil de leer; que te deja con una sensación total de desasosiego. Un relato original que mezcla la ciencia ficción y el terror a la perfección. Me sorprende la imaginación del señor Lovecraft, el terror que logró crear hace casi un siglo cuando solamente se hablaba de vampiros o fantasmas. De su imaginación se sacó un color al que convirtió en un ser, una criatura capaz de absorber vida y causar el más terrible de los horrores.

Fuente: <https://lahermandaddeloslibros.blogspot.com/2014/10/resena-el-color-que-cayo-del-cielo-de-h.html>